

Editorial

El límite esencial de la gestión demócrata cristiana

Recientemente el mensaje del Presidente Duarte fue leído a la Asamblea Legislativa en medio de acontecimientos y de reconocimientos de realidades nada favorables a su gestión. Primeramente, la derrota de la Democracia Cristiana en las elecciones de marzo pasado había fortalecido las ya existentes perspectivas negativas sobre el futuro del partido en las próximas elecciones presidenciales de marzo de 1989 y sobre el futuro de su proyecto político en marcha desde 1980. En seguida, las aspiraciones presidenciales de algunos de sus miembros, aunado a la derrota de marzo, resquebrajó al partido en una lucha interna que progresivamente fue tomando mayores dimensiones. Finalmente, la sorpresiva notificación de la enfermedad del mandatario y de la gravedad del caso descargó desconcierto sobre lo que podría ocurrir en el año restante de su período presidencial, especulándose sobre la capacidad de su sustituto, el Vice-Presidente Rodolfo Castillo Claramount, para manejar efectivamente la situación, y se llegó hasta rumorar un posible golpe de estado.

Este conjunto de acontecimientos fue desarrollando la percepción en una buena parte de la población de que el proyecto Demócrata Cristiano ya nada substancial podría aportar en el futuro cercano. Este reconocimiento impregna el mensaje del presidente, cuando evalúa con cierto lamento la globalidad de los resultados de su gestión: "la ausencia de vientos favorables y de persistentes adversidades a lo largo de la ruta, contribuyeron a impedir que realizáramos la travesía de acuerdo a nuestros elevados propósitos".

La afirmación anterior tiene dos dimensiones para reflexión. La primera, el reconocimiento de lo limitado de los logros alcanzados; la segunda, la de las razones que el Presidente encuentra para justificar estos resultados. Nos ha parecido más importante discutir aquí el segundo

aspecto, el de las causas justificativas.

Contrario a la tesis del Presidente nos parece que las causas que impidieron el alcance de los "elevados propósitos" no fueron circunstanciales, sino que se encontraban en el proyecto mismo, que aún con vientos más favorables la estrategia se constituía en incompatible con los propósitos, al menos con los explícitos.

En el mensaje inaugural de su período presidencial el Ingeniero Duarte se refirió a los cinco objetivos, por los cuales trabajaría durante los cinco años siguientes. Ellos fueron: la pacificación, la participación social, el desarrollo económico, los derechos humanos y la independencia. Ciertamente, estos objetivos constituyen en sí mismos "elevados propósitos" y nos parecen no sólo válidos, sino necesarios, lo que aquí nos interesa señalar es que la estrategia puesta en marcha no conducía a sentar bases firmes para volverlos viables.

Sentar las bases para ir acercandonos a la pacificación requiere de algunas premisas. En primer lugar, el reconocimiento del grado de polarización de los sectores sociales; en segundo, el reconocimiento realista de la fuerza alcanzada por los sectores en conflicto; y en tercero, la ejecución de un plan de pacificación con los mecanismos operativos y los objetivos bien definidos, que convenza a las distintas fuerzas que caminando en la dirección propuesta lograrán realizar de mejor manera los intereses por los cuales luchan. Un plan, por ejemplo, en donde los sectores laborales encuentren los fundamentos que les garanticen mayores posibilidades de compartir el producto nacional conforme a sus necesidades y de incidir en las decisiones económicas que los afectan directamente; un plan, en donde el FMLN encuentre que realísticamente puede lograr una razonable participación en el poder político, que le permita como fuerza política incidir significativamente en la orientación futura de la sociedad salvadoreña; un plan que muestre a los capitalistas que sus intereses económicos pueden incluso potenciarse en una sociedad más participativa, que sus intereses no están indisolublemente unidos al sometimiento de las mayorías a la extrema pobreza y a la desesperanza.

Un plan de consenso como el descrito presupone la vigencia de dos elementos: primero, el cumplimiento efectivo del quinto de los "elevados propósitos" del Presidente, la independencia, para que se imponga el interés nacional en medio de la crisis; segundo, la posesión de poder real frente a la Fuerza Armada, para lograr una negociación real como un asunto de interés nacional.

La ausencia de estos dos presupuestos ha constituido el límite mismo del programa de la Democracia Cristiana.

En primer lugar, porque la condición de posibilidad para que la De-

mocracia Cristiana alcanzara el poder dependió del apoyo político de la administración norteamericana; en segundo lugar, porque la viabilidad de su gestión pasó a depender del apoyo económico masivo norteamericano, el cual mantuvo en los últimos años la economía salvadoreña a flote. En ningún período histórico desde nuestra independencia se observó tanta dependencia del gobierno de Estados Unidos; tal grado ha alcanzado este hecho que la recuperación de la soberanía nacional ha sido levantada como bandera política por todos los sectores de oposición, incluyendo la derecha, su tradicional aliado. De aquí que los "elevados propósitos" fueron establecidos no dentro de un plan elaborado sobre la base del interés nacional, sino dentro de un plan definido a partir del Interés norteamericano, establecido como el logro de la paz destruyendo, aunque sea en el largo plazo —la guerra de baja intensidad— a la oposición armada. En tercer lugar, porque la ausencia de poder real, no permitió obtener de la Fuerza Armada más que algunos cambios carentes de profundidad, aceptados en la medida en que la institución comprendió que estos eran indispensables dentro de una estrategia dirigida a su fortalecimiento y al debilitamiento del FMLN, pero consciente de su capacidad de retrocederlos en el momento en que se percibiera en ellos una amenaza para su propio poder.

Han sido estos y algunos otros cambios los que se han presentado como los logros de la gestión demócrata cristiana: el mejoramiento relativo en el respecto a los derechos humanos, lo cual en aquel primer mensaje lo estableció el Presidente como el objetivo de "controlar los abusos de autoridad y la violencia de las extremas, los escuadrones de la muerte y todos los problemas de injusticia y prepotencia que se manifiesten"; y la relativa apertura de espacios a la participación política, concebido como el logro de "la libre emisión del pensamiento, los derechos individuales y sociales".

Si uno indaga acerca de los programas con los cuales se luchó sistemáticamente por eliminar los escuadrones de la muerte y por transformar la estructura de la justicia en El Salvador, no se encuentra mucho. Entonces, la pregunta ¿qué se hizo para alcanzar estos logros? no tiene respuesta clara. El recrudescimiento reciente, reconocido por el presidente en su mensaje a la Asamblea, de los "fatídicos escuadrones extremistas, cuyos resabios parecieran tomar nueva vida", es confirmación de nuestra tesis.

La ausencia de poder real frente a la Fuerza Armada, se hizo evidente en el proyecto de separación de los Cuerpos de Seguridad. Aquí, la Fuerza Armada no solo vetó el proyecto sino que también logró la remoción del sub-secretario de Seguridad Pública que había impulsado dicha reforma.

Las amenazas continuadas durante los últimos meses sobre un posible golpe de estado más recientemente denunciado por altos dirigentes de la Fuerza Armada, constituyen un serio cuestionamiento a la llamada profesionalización institucional y relativizan las interrogantes que el presidente abrió en su último mensaje a la Fuerza Armada: "¿Quién dudaría hoy de que la Fuerza Armada ha cambiado? ¿Quién puede negar que la Fuerza Armada ahora trabaja junto a su pueblo?"

Finalmente, la vinculación sistemática de toda reivindicación laboral con la subversión, muestran la vigencia de los mecanismos tradicionales de eliminar la participación social del sector obrero.

En este sentido, creemos que es cuestionable que hayan sido la "ausencia de vientos favorables y de persistentes adversidades a lo largo de la ruta, (lo que haya contribuido) a impedir (la realización) de la travesía de acuerdo a (los) elevados propósitos".

Hoy, pues, que se renuevan los impulsos por la paz, hoy que se hacen esfuerzos por involucrar directamente en estos debates a un mayor número de sectores sociales, es más urgente que nunca identificar aquellos límites esenciales que convirtieron los esfuerzos de paz en el pasado en diálogos vacíos de contenido.

